

Una mirada en la memoria de un pueblo con historias que nacen entre las sábanas

Elena Bernal Medina

¿Quién se imagina que entre las sábanas pueden nacer muchas historias?... Unas que abracen un placentero sueño y otras que sean testigos de deseos carnales, con personas que son profesionales del manejo del cuerpo y conocen milímetro a milímetro lo que pide el cliente o, en el mejor de los casos, lo que necesite en ese momento, siempre y cuando pague su cuota y su cuarto.

En la novela *Aletear de sábanas*, de Javier Báez Zacarías, podremos disfrutar de una narración que va de lo general a lo particular, del pueblo al hotel, al cuarto a la puta, a su culito; del hombre soñador-buscador de tesoros y bandidos, que en el camino se convierte en empresario y aprendiz de padrote, de un pueblo sin chiste, desencantado, que se podría transformar en algarabía, en fiesta, en vida, con la colaboración de la gente del lugar, para metamorfosear una bodega en un espacio propicio para el amor; porque todo comienza y retorna en este pueblo:

Jesús María se alzaba cerca de las faldas del cerro: pueblo polvoso y perdido con ínfulas de gran ciudad. Seis kilómetros al fondo escondido en los recodos del camino, tierra, piedras grandes, mucho

sol que detiene y amedrenta [...] Cuentan que hace mucho era tierra de bandidos, punto medio entre ciudades, oculto a la mirada del viajero, pero sitio definido para el guardián.¹

El autor de *Nunca a Nimí* (Dosfilos editores, 1993), en cada capítulo de esta novela, nos presenta historias que se despliegan y se multiplican como un abanico de posibilidades infinitas, donde caben la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la envidia y la pereza, las siete pasiones del alma, que la tradición eclesiástica ha fijado como pecados capitales; de ellos, nadie se salva, ni siquiera el padre de la parroquia, el tendero, el periodista, la tortillera, el pueblo entero. En sus actos los practican, los perfeccionan, no se diga la doble moral disfrazada de benevolencia, «todo sea por el bienestar espiritual de los feligreses», como dice el padrecito, por el progreso de un pueblo donde se vale todo por el bien común. Veamos aquí dicha insinuación, motivada por Julio Olalde:

Yo vengo a proponerle, inició Julio su

¹ Javier Báez Zacarías, *Aletear de sábanas*, Ed. Cocodrilos, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, 2021, p. 9.

negocio, algo referente a la salvación. ¡Ah!, me interesa, dijo Alcacio [...] ¿de qué se trata? Las almas de un pueblo están penando, dijo Olalde, entre el olvido y la gloria, entre la pobreza y la riqueza, y nosotros podríamos darles la pasión. [...] Sí, sí, de eso se trata, dijo animado el cura dando pie, esa es la misión, hacer feliz al prójimo, basta de egoísmo, más vale la vida y la riqueza en común. [...] Es común, siguió Julio, porque sin la participación de varios, usted entre ellos, no podría realizarse el propósito.²

Lo platican Julio Olalde y el cura, mientras que en la cotidianidad del hotel Lepanto, las voces de las prostitutas cobran fuerza al conversar entre ellas, con sus clientes, organizándose como gremio y escuchando la propuesta de su líder, cuando creen que la vida puede ser más generosa si se adueñan del negocio, producto de su cuerpo para convertirse en sus propias empresarias, apoyadas por un «socio». Veamos:

—Hay un loco en el hotel —comenzó el planteamiento de Jolie.

—¡Ay, mamá! —se rió la Bere.

—¡Uy! —dijeron todas tapándose la cara, levantando los pies como si vieran un ratón.

—Es un buscador de oro —informó la que fungía de capitán.

—¿Eeeeh? —abrieron los ojos las loquitas muy abiertos.

—Hace poco me vino con un pico y dijo que traía una misión.

—¡Mmmmm! —se saborearon todas relamiendo.

—Me propuso que entrara en el negocio para hacerme millonaria. [...]

Pero debo irme del pueblo [...] Hay una población encantada no muy lejos. [...] Por lo menos encantadora —hizo Julie la corrección.

—¡Aaaaah! —movieron en asenso las cabezas.

—Dijo el hombre que es un campo ya sembrado y solo hay que recoger.

—¡Oh, oh! —opinaron ascendiendo y descendiendo el tono de voz.

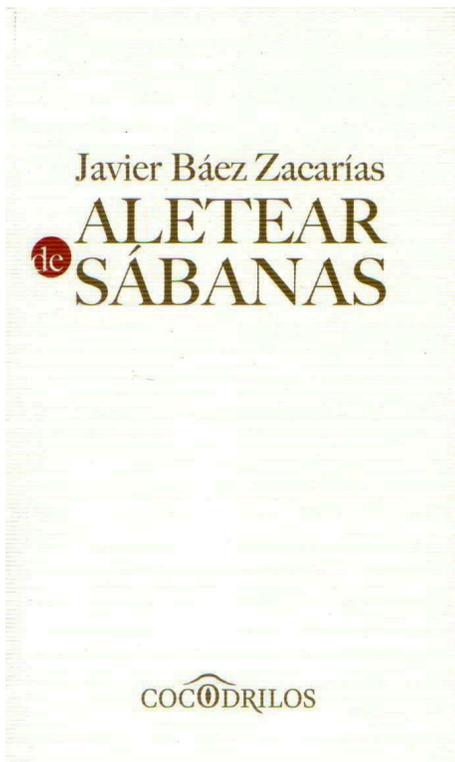
—El negocio que propone se hará en ese poblado; habrá mucho dinero y muchas joyas y relojes de metal precioso y propiedades y vestidos con guantes y sombreros y alimentos y hombres como nunca imaginarán, de regiones distantes; aventureros, políticos y salteadores. [...] No habrá privacidad, no habrá secreto alguno, todos estaremos en pelotas o vestidos de manera natural, acostándonos o comiendo, hagan de cuenta el Edén.³

En esta narración, entre líneas, en el transcurso de la novela, podemos ver cómo los extremos se juntan y se separan hasta formar un espiral infinito, que se transforma en culebra para estrangular a su doble, a su igual, independientemente del sexo, del lugar, la ubicación espacial, el rol social o moral, etcétera, la combinación puede ser Julie o Julio, Jesús María o Villanueva, en las faldas del cerro o la planicie, padre o feligrés; prostituta o sirvienta de sacerdote, así hasta mezclarse y ser uno solo: padre-padrastro-cliente-padrote; bandidos-fantasmas.

En el sueño, en la vigilia, en el deseo de poseer, ¿quién no ha tenido alucinaciones, donde se presente algo o alguien que aparentemente nos incite a lo buscado, sin que esto signifique que sea palpable y exista sólo en nuestra cabeza, como le ocurre a Julio Olalde, quien escucha:

² *Ibidem*, pp. 171-172.

³ *Ibidem*, pp. 153-154.



Javier Báez Zacarías, *Aletear de sábanas*, Ediciones Cocodrilo, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, 2021

[...] ¿Quieres fruta? Julio se quedó parado en medio del arroyo, trató de recordar las palabras que había pronunciado don Domiro y solo dijo: ¿Dónde estás?, como si ya la conociera, ¡Aquí!, gritó la voz, tras el arbusto, ven, ven, ¿quieres fruta? [...] ¿Cómo te alcanzo?, le preguntó. Solo tienes que venir sin perder tiempo, fue la respuesta. Y Julio empezó caminando para el otro lado, en sentido opuesto al que corría, y era como si no avanzara, como si los pies se le enredaran en la arena, como si hiciera un hoyo con el movimiento de las piernas que lo llevaría al fondo, que lo enredaría mientras ella, la muchacha lo esperaba. ¿Quieres fruta?⁴

Con un lenguaje cinematográfico, Javier Báez nos lleva hasta el lugar de los hechos, donde podremos sentir la temperatura del ambiente, de los personajes de acuerdo a sus actos y a su estado de ánimo, hasta percibir el contraste que se da en relación a ellos mismos con su pequeño gran mundo, el que viven a diario y el que desean a pesar de cualquier circunstancia.

Para entonces, el escritor ya nos ha metido en el juego, en el pueblo, en la ambición. En la historia no hay una definición de tiempo, o está un poco velada; el año podría ser cualquiera, pues sabemos que siempre ha existido el deseo, que en la actualidad se puede prescindir de muchos oficios, menos del oficio más antiguo del mundo; no se diga cuando esta actividad contribuye al progreso de un lugar y viene acompañado de los negocios que se fraguan en las cantinas, en los prostíbulos, en los acuerdos que se dan entre faldas.

⁴ *Ibidem*, pp. 69-70.

Y ahora sí, desde afuera del texto, me miro en Aguascalientes, la ciudad donde habito, la que es reconocida por los fuereños por su gran feria de San Marcos, donde el vino corre en los tapancos, en el jardín, entre la vendimia de comida; entonces puedo visualizar el casino, los gallos, los toros, el santo que se venera entre abril y mayo, en el gran teatro que se monta, para desfogue de muchos y beneficio de unos cuantos. Indiscutiblemente asocio nuestra feria con «La feria del amor», pensada por Julio Olalde; y a Jesús María con Aguascalientes, recordemos algunos antecedentes de su fundación:

Estas tierras, además de ser más áridas que las que habían encontrado en Veracruz y en el Valle de México, estaban habitadas por indígenas que en su mayoría eran nómadas y que pronto se convirtieron en el terror de los todavía mal trazados caminos que conectaban a la Nueva España con esta otra parte del territorio, al cual se le dio el nombre de la Nueva Galicia.

La audiencia de la Nueva Galicia — institución encargada del gobierno y la administración de los nuevos territorios — se asentó en Guadalajara, al tiempo que se descubrían yacimientos de plata en el cerro de la Bufa, donde no tardarían en aparecer las minas de Zacatecas. Estas minas llegaron a ser el motor

económico de la Nueva Galicia y su explotación hizo necesario abrir caminos.

[...] Desde el principio los caminos fueron asaltados por grupos de chichimecas. [...] Por esta razón los españoles establecieron villas. [...] Éstas eran a la vez puestos fortificados y lugares de descanso para los viajeros. De esta manera nació Santa María de los Lagos en 1563 y algunos años más tarde salieron de allí los colonos que fundarían la ciudad de Aguascalientes.⁵

Las ciudades, en la mayoría de las ocasiones, se han constituido por intereses económicos. Es claro que en *Aletear de sábanas*⁶ no se habla de la fundación de un pueblo, Jesús María, pero sí del progreso que podría tener y de su transformación.

Regreso al libro. Cuando leo alguno de sus capítulos, siento que desde el ángulo que lo vea, soy parte de él, de esa memoria que llevan los pueblos a sus espaldas, mientras el viento se hace presente y dispersa la duda de haber formado parte de esa historia.

31 de julio del 2021

⁵ Ilse Díaz Márquez, en Fundación de Aguascalientes: <<https://www.aguascalientes.gob.mx/estado/fundacion.html>>.

⁶ Báez, *op. cit.*, p. 229.